

LP 27/04/1956, p. 12

Crónicas del Sur (V)

Los Frutos de una Democracia

por Sebastián Salazar Bondy

Si en Buenos Aires el clima desahogado de libertad y debate ideológico resulta nuevo y sorprendente, en Santiago de Chile es algo que constituye la más absoluta y característica normalidad. En el ánimo del hombre de la calle, la confianza en la eficacia cívica y moral de la democracia actúa constantemente y se transparenta en una irreductible alegría popular. No importan los sufrimientos que a la colectividad ha acarreado la difícil situación económica, sobre todo la monstruosa inflación que hace poco menos de un año hizo crisis, si el remedio es a la postre hallado por los medios más legales que se tienen al alcance. Me lo confirma el periodista norteamericano Malcolm Burke, a quien encuentro en la ciudad del Mapocho, pues sus primeras palabras se refieren a la milagrosa estabilización que ha sobrevenido en ese país debido a las recientes medidas de gobierno. "En la última oportunidad que estuve aquí, hace menos de doce meses —me dice—, cualquiera hubiera pronosticado una pavorosa revuelta popular. Hoy todo marcha, sin necesidad de represiones y actos de fuerza, por un buen camino. En Chile funciona la democracia casi a la perfección". Y es cierto. La convicción general de que tal sistema político garantiza las mejores soluciones se capta en todo lugar en donde uno inquiera por ella.

La prensa, sin embargo, se manifiesta rigurosa, duramente crítica. La polémica sobre establecimiento del cambio libre llega a una tesitura violenta, tanto que uno no puede dejar de pensar que en el Perú ese tono sería calificado de "destructivo". Lo mismo sucede en las cámaras donde la discusión bordea sólo en apariencia el caos, pero que se resuelve prácticamente en la creación de leyes cuyo cumplimiento es estricto. Tal ha sucedido con la transformación del sistema cambiario, al cual se ha calificado desde "instrumento de la explotación plutocrática" hasta "panacea prodigiosa". La ley ha salido del Parlamento, ha sido promulgada por el Ejecutivo y ha comenzado a regir. A partir de este momento, se acata. La divergencia anterior a la resolución ha servido para cotejar puntos, para apoyarla o atacarla señalando, exageradamente inclusive, sus ventajas y desventajas; para contribuir a su mejor dación, nunca, por cierto, para que se fragüe un golpe revolucionario al uso latinoamericano bajo el mañoso pretexto de restablecer el orden o terminar con el libertinaje.

Mas la ciudad no vive sólo de la política, precisamente porque de la política no se debe vivir. En tanto se realizaban las elecciones municipales, llevadas

a cabo con toda tranquilidad —entre otras razones porque el acto electoral se desarrolla dentro de una atmósfera de total fe en el sufragio— la crónica roja y la literaria coincidían en referirse al caso de María Carolina Ghell, una escritora de incipiente renombre que, de la noche a la mañana, pasó a primer plano tras de ultimar a balazos a su amante en la sala de té del Hotel Crillón. A la manera de Círyl Chessman, la Ghell ha escrito en la celda un libro —"Cárcel de Mujeres"— cuyas páginas han reunido y hecho editar el conocido crítico Alone. La primera edición del volumen —20,000 ejemplares— fué consumida en sólo una semana. El juicio de la escritora, los desmentidos de algunas penadas citadas en su obra, las protestas de la familia de la víctima, todo el bagaje periodístico del caso, rivalizan con otros asuntos policiales, a los que la prensa vespertina, tan escandalosa como profusa, otorga una importancia excesiva. En el fondo, no obstante, hay cierta ingenuidad en la manera cómo el público santiaguino consume este sensacional alimento y, sin duda, María Carolina —como la denomina el pueblo— pasará de moda si su libro, conforme no parece ser, tiene algo más que un éxito momentáneo.

Lo que sí es permanente —y, además, creciente— es la cultura de la ciudad. Cada vez se editan y se venden más libros tanto de autores chilenos cuanto extranjeros, hay más exposiciones pictóricas, funcionan más teatros, se escuchan mejores conciertos. El Teatro Experimental de la Universidad de Chile, por ejemplo, brinda, aparte de su temporada grande en el "Antonio Varas" —iniciada con "Un caso interesante" del italiano Dino Buzzati—, una de difusión popular en el "Atelier" con tres piezas en un acto, dentro de las que destaca la titulada "Carolina" de la autora nacional Isidora Aguirre. En ella confirma sus calidades una nueva y excelente estrella del teatro mapochino, Alicia Quiroga, a quien la crítica unánime señala como brillante promesa para la escena local. El ambiente intelectual de Santiago no puede atribuirse sino a la vigencia de la democracia que destacamos al principio de esta nota como el rasgo más propio de la vida chilena. Sin trabas, sin temores, sin odios, el hombre del país vecino se ha dedicado a la creación. Por sobre las diferencias, un poema de Neruda encuentra exégetas católicos y una representación del "Teatro de Ensayo" de la Universidad Católica merece el elogio de un crítico comunista. Las ideas —o sea, la vida— fomentan las ideas, aunque unas y otras sean, en el fondo irreconciliables.